



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Que-  
da hecho el depósito  
que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## CAPÍTULO I

### LA ORDEN TERCERA

Dos corrientes en la Edad Media.—La Iglesia encauza la corriente ascética.—Carácter, objeto y regla de la Orden Tercera.—Su utilidad social.—Luquesio y Bonadona.—Mateo de Rubeis.—División de la Orden.—Palabras de Pedro de las Viñas.—Terciarios célebres. San Fernando y Berenguela su madre.—San Luis y Blanca de Castilla.—Dante, Calderón y Lope de Vega. Ultimas horas de Cervantes.—Colón en la Rábida.—La Orden Tercera en nuestros días.

A la cintura llevaba yo ceñida  
una cuerda.

(Dante, *Inf.*, C. XVI.)

Adviértense en la Edad media dos corrientes sociales: de actividad, esfuerzo y combate la una, la otra de retiro, ascetismo y desprendimiento de la vida terrenal. Origina la primera las empresas extraordinarias, las encarnizadas y continuas pugnas, los rasgos de heroísmo mixtos de barbarie; de la segunda se engendran los casos de voluntario enterramiento en oscuras celdas, las penitencias rigurosas y espantables, los retiros a eriales y montes, a hórridas cavernas, a desiertos, lejos de todo socorro humano. Frecuentemente ocurre que ambas direcciones se reparan la existencia de un hombre, y no escasean figuras

como la de Juan de Briena, primero infatigable campeador, victorioso en justas y palenques y encuentros y batallas, que con ayuda sólo de su fuerte brazo realiza la más romántica novela: compartir el tálamo de una princesa hermosa, ceñirse diadema real, y un día, de pronto, descender voluntariamente de la cima de las grandezas, tan resuelto como la había escalado, y enterrarse vivo bajo un hábito, y macerar su cuerpo, hecho a púrpura y armiño, y morir descalzo y pobre sobre las losas del pavimento. Hay en la Edad media,—al par que fe pujante y alientos para acometer hasta lo imposible,—no sé qué vago convencimiento de la nada de las cosas, percepción confusa del mal del humano vivir, pesimismo creyente que llevaba a pisotear las venturas deleznable y los efímeros bienes de la tierra, y a buscar el reposo allí donde se halla, en el apartamiento, en la renuncia a todo percedero interés. El oficio de la Iglesia fué equilibrar la fuerza de dos corrientes tan opuestas, evitando que preponderase la última y extinguiese—como en los países budistas—toda energía y acción social.

Salía apenas Europa de la penosa crisis de su nueva organización, y amagaba al mundo cristiano el grave peligro de recluir su lozana vitalidad en los claustros. Si leemos las historias y crónicas de aquellos días, parece a veces que el Occidente entero, atacado de orientalismo, aspira a sumirse en la contemplación, interrumpiendo el curso de los triunfos que le aseguraron la primacía del orbe. Mas no es posible: la civilización cristiana ha de seguir su marcha: el germen no se deja ahogar: la Iglesia, encargada de custodiarlo, lo preserva de semejante riesgo.

Uno de los momentos en que se pudo creer que pueblos enteros pretendían redimirse de la vida activa y sus cuidados y aniquilarse en masa, fué aquel en que Francisco de Asís, recorriendo a Umbría y

Toscana, vió que a su paso se despoblaban villas y aldeas, y que le seguía inmensa multitud, pretendiendo toda ella abrazar, a imitación suya, el estado religioso; y se disolvían las familias, y parecía romperse el nudo conyugal, y maridos y mujeres se echaban a sus pies, rogándole les vistiese el sayal y ciñese la cuerda. Entonces, a fin de contener el desbordamiento ascético sin menoscabo del fervor de la devoción, concibió el plan de su *Orden Tercera*, gran confraternidad laica, que con razón sería llamada francmasonería católica, si algún misterio cupiese en su clara regla, y si alguna enfática y burlesca ceremonia comprendiesen sus ritos. Lo que admira en las constituciones de la Orden Tercera es el profundo conocimiento que revelan de las necesidades de la época y el criterio eminentemente social que las dictó. Más que concepción de una mente caldeada y exaltada por místicos arrobos, enflaquecida por la mortificación y el ayuno, parecen obra de un legislador reflexivo, encanecido en ahondar problemas sociológicos. La Orden Tercera, primeramente llamada Orden de los Hermanos y Hermanas de la Penitencia, admite en su seno a clérigos y laicos, célibes y cónyuges, varones y hembras; ninguna excepción; caben en ella cuantos profesen la fe católica y se reconozcan hijos de la Iglesia. Cuatro condiciones se imponen para el ingreso: restituir los bienes mal ganados; reconciliarse leal y plenamente con los enemigos; observar el Decálogo, los mandamientos de la Iglesia y la regla; y, para las mujeres casadas, consentimiento expreso o tácito del marido. No obstante, la infracción de la regla no constituye pecado mortal; así el terciario disfruta de libertad continua; su aquiescencia es del todo espontánea. Para formar parte de la Orden, el postulante era examinado de la fe; al solicitar admisión, los ministros inquirían diligentes su oficio, estado y calidad, e insistían con ahinco en las condiciones, sobre

todo en la restitución de lo ajeno. Al ser recibido, era exhortado también con empeño a que pagase sus atrasos y deudas. No era obligatorio un traje dado, pero sí la humildad y sencillez en el vestir; la ropa de las mujeres había de ser ancha, de colores apagados, de forma por todo extremo honesta, ceñidas las mangas y altas de cuello las túnicas; las pieles, pobres, de cordero; las bolsas, de cuero, sin ribete ni cinta alguna de seda. Estaba vedado a hermanos y hermanas asistir a convites, autos o regocijos bulliciosos, y dar cosa alguna a histriones y juglares; se les prescribían ciertas prácticas, ayunos, confesiones, comuniones y rezo de horas. No se les consentía traer consigo armas ofensivas, si no es para defensa de la Iglesia romana, la fe de Cristo o la patria (1). En el plazo de tres meses desde su admisión en la Orden debían hacer testamento. No eran lícitas entre hermanos terceros rencillas ni discordias, y si alguna surgiese, al punto las dirimían los superiores o el Obispo. Prohibido el juramento solemne, salvo cuando lo requiriesen la paz, la fidelidad, el despejo de una calumnia, y los contratos de donación, compra y venta. Cada tercero tenía encargo de ejercer en el seno de su familia una especie de pedagogía ética, corrigiéndola y reformando sus costumbres.

Bien distinta es la sociedad contemporánea de aquella para la cual fué estatuida tan sabia norma, y con todo eso, si no consideramos en la Orden Tercera su carácter religioso y la juzgamos únicamente como regla moral, veremos de cuánto provecho sería su observancia para muchos males de los que hoy nos afligen. Básase en una tendencia general a la modestia en vida y costumbres; más bien que la pobreza material, reclama el espíritu de pobreza, lo contrario del ansia inmoderada de goces que consume en el día a todas las clases sociales. El arreglo de los negocios temporales, el testamento pronto, evitados los liti-

gios, pagadas las deudas, son otras tantas garantías de orden y moderación que algo pudieran contribuir a encauzar el torrente de lujo y prodigalidad, por desdicha tan arrollador y desatado. Y, para curar la honda llaga de nuestro siglo, para pacificar la incesante, enconada lucha entre el proletario y el capitalista, ¿dónde hay bálsamo más suave que aquella confraternidad de los terciarios, que movidos de generoso impulso ponían en común sus haciendas, logrando así que la estrechez de cada uno se remediase con la abundancia de todos, y alcanzando aún las sobras para repartir limosnas y fundar hospitales? (2) Al lamentar los progresos del socialismo; al deplorar que el comunismo vandálico se levante amenazador ante nuestras viejas sociedades; ¿no pudiéramos convenir en que gran parte de culpa toca al individualismo egoísta y desalmado de las clases pudientes?

Por diversas razones fué la nueva institución de Francisco de Asís en sumo grado benéfica, y utilísima en cuanto robusteció los fundamentos de la familia y de la potestad civil con todo el vigor del sentimiento religioso. Santificados se vieron en ella los fines prácticos de la vida, y un hombre que no tenía hogar, hijos ni bienes, San Francisco, bendijo los desposorios, la actividad humana, el comercio que enriquece a las naciones y el trabajo que las dignifica.—“Sin romper—dice un historiador de la Iglesia (3)—la unión de los matrimonios, ni despoblar el país, prometiéndole una legislación espiritual que, en medio del mundo, brindase la paz de la vida religiosa”.

Tejió la leyenda sus áureas gasas para envolver el origen de la Orden Tercera en la mente de su fundador. Aparecióse Cristo una noche a Francisco pidiéndole que le diese cuanto poseía; y respondiéndole él que sólo era dueño de su pobre túnica:—“Mete la mano en tu seno—instituyó Cristo—y ofrécame lo que encuentres.”—Obedeció Francisco, y con gran sor-

presa suya sacó hasta tres monedas de oro. Cristo le dijo entonces:—"Esas monedas son las tres Ordenes que fundarás, y durarán hasta la consumación de los siglos" (4).

Fué el primero en vestir el hábito de terciario un mercader del estado de Florencia, Luquesio, hombre rico y agenciador, acérrimo güelfo, que repentinamente se consagró a la piedad con el mismo ardor que antes al lucro y la política. Al atravesar Francisco la villita de Poggibonzi, en Toscana, Luquesio, que en otro tiempo era su amigo, y que ya comenzaba a dedicarse a caridades y penitencias, estaba allí con su mujer Bonadona, dueña honrada, pero económica en demasía. Vió ésta un día que su marido estaba repartiendo a los pobres cuanto pan había cocido ella en el horno, y que aun ordenaba distribuir más, y le apostrofó diciendo:—"Cabeza sin juicio y enflaquecida por el ayuno, ¿cómo descuidas así tus intereses?" (5). Luquesio entonces la obligó a abrir la artesa donde se guardaba el pan, y hallándola más colmada que antes, le pesó a Bonadona su dureza y comenzó a emular en caridad al esposo. Como ambos pidiesen a Francisco regla de vida, él les vistió un traje de corte usual, pero de paño ceniciento y ceñido con cuerda, y oralmente les comunicó los estatutos de la Orden Tercera, que escribió más adelante. Ingresó en ella el segundo un patricio romano de la esclarecida sangre de Orsini, Mateo de Rubeis, que conoció a Francisco en Roma y le convidó a su mesa; y aunque éste aceptó el convite, en mitad de él huyó corriendo a mezclarse con los mendigos que a la puerta esperaban los relieves del banquete. Mateo le dijo:—"Hermano Francisco, pues no quieres comer conmigo, comeré yo contigo";—y participó a su vez del festín de los pordioseros. Tenía Mateo un niño llamado Juan, a quien Francisco tomó en sus brazos, pronosticándole que llegaría a papa y rogándole que para enton-

ces fuese con su Orden benigno. Aquel párvulo se llamó después Nicolás III (6).

Como no era letra muerta la regla de los Terciarios, sino que se observaba estrecha y rigurosamente en sus ápices menores, y en realidad vivía en las conciencias, presto llegó a ejercer fuerza social. A los veinte años de fundación había cundido como planta vivaz; sus raíces penetraban hasta las entrañas del pueblo italiano. Pedro de las Viñas, aquel oscuro estudiante de Bolonia a quien su talento poco común elevó a canciller imperial y brazo derecho de Federico II, escribía alarmado al César:—"Los hermanos Menores y Predicadores se han alzado contra nosotros en odio; públicamente han reprobado nuestra vida y conversación; han quebrantado y anulado nuestros derechos... Y he aquí que para enervar más aún nuestro poder, y privarnos de la adhesión de los pueblos, han creado dos nuevas cofradías, que comprenden a todos, hombres y mujeres. La multitud acude a ellas; apenas se halla persona que en una o en otra no esté inscrita" (7).—Porque es de advertir que a su vez Domingo de Guzmán estableció una Orden análoga a los Terciarios, bajo el nombre de *Milicia de Cristo*. Así, en la gigantesca lucha trabada en Italia entre el cesarismo y el pontificado, entre el poder heterodoxo e invasor de Alemania y la idea nacional que representaban los güelfos, las cofradías de Terciarios vinieron a ser como la organización del pueblo, los comités en que el sentimiento patrio halló la fórmula de su unidad y se reconoció enlazado por la aspiración a la independencia (8).

En cuanto a los frutos espirituales de la Tercera Orden de Asís, lea el que pretenda conocerlos las vidas maravillosas de aquellos terciarios antiguos, conforme las narran las crónicas sencillas, escritas tal vez por oculares testigos, y llenas, por tanto, de color y fuerza, de persuasión y ternura. Terciarios fueron

algunos de los hombres más ilustres con que la humanidad se honra; y es de notar que no se cifieron por mera fórmula la cuerda de nudos, y que sus actos llevan impreso un sello particular, un cristianismo acendrado y puro, que pudiéramos llamar espíritu franciscano.

Embarga el ánimo de respeto encontrar en las páginas de la historia—a vueltas de tanto célebre bandido, de tanta iniquidad enorme disfrazada de proeza—algún nombre de los que la llenan con la resonancia de sus virtudes: figuras luminosas e inmaculadas, horizontes claros entre turbias nubes, honor de la especie humana, alegría del mundo. Isabel de Hungría, cuya vida en otra parte se reseña, e Isabel de Castilla, que tiene escrita la suya en la página más resplandeciente de nuestros anales; San Luis y San Fernando, los dos reyes en quienes encarnó el ideal monárquico; Dante, que cantó la gran epopeya católica, y Cristóbal Colón, que instintivamente completó el globo, en suma, los personajes más extraordinarios y simpáticos de la Edad media y del Renacimiento, llevan todos la cuerda tosca de San Francisco, como símbolo de un pensamiento fijo en lo divino, en medio de la incesante y gloriosa labor de su existencia.

Extraño destino el de San Fernando. El incansable adalid de la Iglesia y de la unidad religiosa hispana, nació bajo el peso de las censuras pontificias, que condenaban el matrimonio de su padre Alfonso de León con su madre Berenguela de Castilla, a la cual le unía parentesco en grado prohibido, como ya le había sucedido con su primer esposa, Teresa de Portugal. El rayo de Roma hirió a los enamorados cónyuges; el entredicho enlutaba el reino de León, y en torno de la cuna del bienaventurado niño rugía la cólera celeste. Cuando Fernando fué reconocido y jurado heredero del trono, ya se habían separado sus

padres, acatando al fin las reiteradas intimaciones de la Santa Sede. Aquel consorcio reprobado y maldecido produjo el más grande, sin duda alguna, de los príncipes cristianos. Frecuentemente le comparan los historiadores a Luis IX de Francia, y, en efecto, existen entre ambos semejanzas notables. Una de las que se advierten más pronto es la de las madres que tocaron en suerte a los dos. Berenguela no es inferior en nada a Blanca de Castilla. Pertenece a la raza de ilustres princesas del siglo XIII, que reunieron las cualidades que más realzan a su sexo y las dotes varoniles necesarias para la gobernación del Estado; díganlo sus hechos, su odisea interesantísima, desde Autillo hasta hacer aclamar a su hijo en Valladolid (9). La extraña suerte de Fernando dispone que el más piadoso doncel del mundo comience su carrera por guerrear contra su mismo padre, empeñado en arrebatarle la corona. Como San Hermenegildo, Fernando desacató mal de su grado la autoridad paterna, y ayudóle su madre, vendiendo joyas y adornos para sostener la lid; aunque el leonés fué vencido, todavía porfió, hasta que con mejor consejo se resolvió a pactar treguas y a ceder por último. Ocurrió entonces el fallecimiento del irreconciliable y jurado enemigo de Berenguela, del cizañero y violento D. Alvaro de Lara, instigador de Alfonso y causante de cuantas turbulencias nublaron la aurora del reinado de Fernando; como muriese pobre, Berenguela regaló el paño de brocado para amortajar decentemente su cadáver.

De las felices nupcias entre la hermosa Beatriz de Suabia y el joven rey castellano, nació aquel gran trovador de la Virgen, aquel varón de ciencia, conocido por Alfonso el Sabio; vino al mundo el propio año en que sus padres colocaban la primera piedra del poema gótico que se llama la catedral de Burgos. Desde la misma fecha comenzó Fernando la serie de

hazañas que bastaron para inmortalizarle. Distinto en esto de San Luis, dijérase que la victoria, abriendo sus alas de oro, seguía a sus ejércitos, y que la fortuna dejaba atrás al esfuerzo de su incontrastable espada y brazo. Andújar, Martos, Baeza, Loja, Alhama, infinidad de villas y castillos de que eran señores los árabes, cayeron en su poder; vencedor entró en Córdoba, y la mezquita de los kalifas, el bosque de columnas de oro y colores, semejante a las perspectivas sensuales del Corán, presenció el sacrificio in-cruento, y, según frase de un gran poeta germánico, —“en la torre donde el muecín convocó a la plegaria resuena ahora la campana cristiana con melancólico tañido”.—Rota, Jerez, Sanlúcar y Arcos, se rindieron a sus armas, y, finalmente, la perla del Guadalquivir, Sevilla la magnífica, hubo de doblar la frente y recibir la cruz. Fué entonces cuando el sabio infante Alfonso pronunció unas palabras que nos valieron la conservación de una joya artística. Solicitaban los moros, para capitular, que se les permitiese el derribo de su mezquita mayor, hoy la espléndida catedral sevillana: el monarca consultó a su hijo, y éste contestó airado que si una sola teja faltase del monumento, haría rodar las cabezas de todos los sitiados; que por cada ladrillo que echase de menos en la torre, no dejaría un infiel con vida. Las huestes cristianas pudieron arrodillarse en la gran mezquita, transformada en templo; feneció el imperio de los Almohades, y el poeta árabe de Ronda exhaló su triste elegía, plañiendo la pérdida de Sevilla y la ruina del Islam (10).

Ciertamente se puede llamar dichoso al monarca en cuya cabeza por vez primera se juntaron las coronas de Castilla y León; el que dilató la reconquista hasta el mismo riñón de Andalucía, centro del poder musulmán; el que cimentó las catedrales de Burgos y Toledo; el que estableció la Universidad de Salamanca y el fuero de Córdoba; el que inició las Parti-

das, y todo ello en la corta vida de treinta y cinco años no más que le otorgó el cielo. Al contemplar en la catedral de Sevilla la imagen del santo rey, obra del pincel de Murillo; al ver el tipo demacrado, pero varonil, que creó la inspiración del artista, pensamos que así debió de ser en efecto hombre tan extraordinario, consumido por la llama de la penitencia y por la calentura heroica de la conquista; que sólo se desnudó la cota para vestir el cilicio; que soñó con llevar a las costas de Africa el hierro y el fuego traído a España por liviandades de Rodrigo, y que murió con una soga al cuello, los pies descalzos, la cuerda de terciario a la cintura y una capa de ceniza por lecho; émulo de Jaime *El Conquistador*, el cual logró este nombre solamente porque su contemporáneo Fernando se llamó *el Santo* (11); esposo, padre, guerrero, asceta, y en todos los estados perfecto. La fuente reclama para San Fernando el título de *hombre modelo de la Edad Media*, otorgado a San Luis por Chateaubriand; y aunque es difícil conceder superioridad a uno de los dos, ello es que el nuestro parece más hábil gobernante que el francés. Librenos Dios de juzgar las acciones humanas según sus resultados; no obstante, es evidente que mucha sangre y oro cristiano dispendió San Luis en Palestina, que pudo ahorrar si su celo generoso dejase espacio a la previsión política. En amor a su pueblo no cedió San Fernando al hijo de Blanca de Castilla; nadie como él supo aliar el ejercicio de la autoridad regia al respeto de las franquicias municipales y los fueros del reino.—“Más temo, decía, a la maldición de una vejezuela agraviada, que a las lanzas moras”.—Tachan en San Fernando su rigor en perseguir a los herejes, como si la herejía no fuese entonces el más terrible enemigo de la nacionalidad española. Ni en ese terreno fué menos severo que él San Luis.

De la madre del rey francés forma un historia-

dor (12) este juicio, que en sustancia puede aplicarse a la del español: "Después de haber nutrido a su hijo con su leche, se consagró a educarle con maternal severidad, sin querer en esta tarea más asistencia que la de fray Pacífico, el amigo de San Francisco. Decía Blanca a Luis todas las mañanas:—"Dulce y caro hijo, eres lo que más amo en el mundo; pero prefiero verte morir a que te manches con un solo pecado mortal" (13).—Fruto de tales enseñanzas fué un Marco Aurelio cristiano, el hombre de lo justo y de lo recto, que antes de emprender nada se preguntaba a sí mismo si la acción que iba a ejecutar era esencialmente mala o buena; que según Urbano IV vino al mundo como un ángel de paz, *tanquam pacis angelus*; según un cronista coetáneo suyo (14), fué la persona que más trabajó para introducir paz y concordia entre sus súbditos; y según Voltaire, armonizó política profunda y justicia exacta, no siendo dado a nadie llevar más allá la virtud. San Luis practicó, en efecto, el sistema—declarado impracticable por los partidos medios—de gobernar acertadamente sin transacciones con el mal. Fué un radical de la virtud; realizó todas sus teorías; no pactó nunca con la injusticia. Llegó a restituir a las naciones vecinas Estados enteros, movido por un sentimiento de equidad; y, conforme advierte un escritor moderno (15), acaso por vez primera se vió en la historia que la caridad guiase a un rey, dando resultados más felices que las combinaciones vulgares de la política. Con San Luis empieza Francia a salir de la confusión y anarquía feudales y poseer leyes, códigos y ordenamientos; por él se establecen tribunales, se administra justicia a los plebeyos y se constituye el poder real, antes fraccionado y repartido entre ambiciosos y turbulentos barones. Así era el monarca honrado en el reino y fuera de él, como el astro del día (16). Protector de los siervos, repelió siempre la imposición de la fuer-

za, reprimió el lujo y la usura; no comprendió jamás la legitimidad del derecho de conquista; por puro amor a la justicia llegó hasta oponerse a lo que más respetaba, el poder pontificio, y a reclamar las libertades de la iglesia galicana, si bien esta frase en sus labios no tenía el sentido que le atribuyeron después Fleury y los jansenistas (17). Luis dejaba de noche su tarima para rezar hasta el alba; se entregaba a penitencias que ponen espanto; recorría las calles de su capital en ayunas, vestido pobremente, pisando con desnudos pies el fango y las piedras; y en suma, según la feliz expresión de César Cantú, era Francisco de Asís entronizado y reinando. Quien hubiese leído las *Floreccillas*, no ignorará un episodio de devoción franciscana: el viaje de San Luis al convento de Perusa y su entrevista con fray Gil.

Al lado de estos coronados terciarios colocaremos a otros que también lo fueron con corona de laurel inmarcesible: Dante, Lope de Vega y Calderón de la Barca usaron el cordón de la Tercera Orden. El Fénix de nuestros ingenios, el fecundísimo dramaturgo, consagró su musa a ensalzar al Serafín de Asís. ¿Quién no habrá leído los bellos sonetos y romances de Lope de Vega a las *Llagas*, a *San Francisco*? En uno de estos últimos dice:

Vuestro cordón es la escala  
de Jacob, pues hemos visto  
por los nudos de sus pasos  
subir sobre el cielo empireso  
no gigantes, sino humildes:  
porque su brazo divino  
levanta rendidos pechos  
y humilla pechos altivos.

Muchos años antes había escrito Dante:

*Io aveva una corda intorno cinta,  
e con essa pensai alcuna volta  
prender la lonza alla pelle dipinta* (18).

*Segunda parte.*

Cuál fué la admiración profesada por el sumo épico italiano a San Francisco lo atestigua el magnífico canto onceno del *Paraiso*. Como recuerdo perenne del ingreso de Dante en la Orden Tercera, queda el retrato del poeta, con hábito, pintado por Giotto en la basílica patriarcal de Asís. Es asunto de la pintura el Triunfo de San Francisco, y allí se ve a Dante representando la Orden Tercera; a su lado está la figura de fray Juan Muro, que simboliza la primera, y de una clarisa, emblema de la segunda, San Francisco aparece en actitud de animar a los tres a que trepen a un alta roca.

Monseñor de Segur incluye a Miguel Angel y Rafael en el número de los terciarios; pero bastaría por prez de la Orden haber contado en su seno, durante el Renacimiento, a Cervantes (19) y a Colón. Ingresó Cervantes en ella hacia las postrimerías de su vida, "teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano, y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto. Cuando le hubieron vestido el hábito quedó con sotanilla que sólo llegaba a cubrir el calzón, con manga cerrada y ferreruelo de estameña, cuello y cuerda que le caía hasta las rodillas" (20). En el punto de su agonía, al entreabrirse para él la eternidad, "no murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron a acompañarle sus hermanos de la Orden Tercera, para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanza de eterna vida. Todos los hermanos de hábito descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron a aquella triste morada, y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que, llegada la hora del entierro, entraron todos, e hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oración del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes,

y suplicando a Dios le diese el eterno descanso. Llevaron en hombros el cadáver, con la cara descubierta, los Hermanos a la iglesia de las Trinitarias, donde Cervantes quiso tener sepultura, en gratitud afectuosa de haber debido a los Padres de esta Orden ser sacado del cautiverio... Desde que se acercó a la iglesia el entierro, doblaron las campanas según el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo, era el de la de San Francisco. Los Hermanos no abandonaron a Cervantes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

"A la salida del templo, el religioso visitador vió a D. Francisco de Urbina y D. Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda*, ya que tantos altos poetas le habían abandonado en la muerte:—Bien me parece el intento, respondió el visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano*" (21).

Así consoló el pobre de Asís en su última hora a aquel ilustre pobre, rico sólo en ingenio e invención peregrina. Un fraile rescató de su cautiverio al autor del *Quijote*, otro auxilia al descubridor de América. La llegada de Cristóbal Colón al convento de la Rábida parece novelesca aventura, y es episodio real, estrofa del poema de la historia, cuyo poeta es la Providencia.

Un día abrasador del estío, en que el sol cayendo a plomo tostaba llanuras y campos, dos caminantes de a pie, de humildes trazas y muy cansados, llamaban a la portería del monasterio de San Francisco, en Palos, puertecillo de Andalucía. Era uno de los viajeros hombre formado y maduro; el otro, de tierna edad. Pedía el hombre pan y agua para el niño, y en cambio brindaba tierras desconocidas, vanamente ofrecidas a los soberanos de Europa que no podían prever lo que no previó Colón mismo. Mientras el niño apla-



caba el hambre y la sed, acertó a pasar por allí el guardián del convento, Fray Juan Pérez de Marchena. Fijaron, sin duda, su atención la noble apostura, la vasta frente y profundos ojos del fatigado viajero; llegóse a él y le preguntó su historia. Satisfizo prontamente a la demanda: dijo ser genovés (22), de familia hidalga, pero muy venida a menos; su padre cardaba lana; su raza era raza de expertos navegantes; él había estudiado en las aulas de Pavía latinidad, matemáticas, geografía, astronomía; la cosmografía, sobre todo, le embelesó; fué a Lisboa, ciudad donde pululaban a la sazón pilotos, navegadores, mareantes consumados, inventores de tierras, que exploraban con audacia y suerte las costas del Africa; respirábase allí un ambiente embriagador de descubrimientos y proezas; hablábase de países desconocidos, de regiones mágicas, henchidas de oro, pedrerías y especias; leyendas marítimas, que se contaban sobre la toldilla las noches de luna, y que inflamaban la mente y hacían palpitar el corazón. El las había bebido con avidez, y allá en su cerebro las enlazaba con vagos presentimientos, que le asaltaban al estudiar el mapa de la tierra conocida hasta entonces: No; el mundo no podía ser extendido y llano como vasta sábana: algún término tendría el mar de Atlante, considerado por los cosmógrafos de la época sin orillas ni limite. El vagabundo recordaba las misteriosas palabras de los poetas de su nación; Dante, Pulci, Petrarca, cuando dicen que el sol, al dejarnos, va quizás hacia otras gentes que le esperan; aquel desierto de agua repugnaba a su entendimiento, y las enigmáticas frases tenían para él claro sentido. Firme ya en su convicción, había solicitado ayuda de los Monarcas y Estados para armar una flota: en Juan II de Portugal no la halló; en Génova menos; venía a pedirla a los excelsos Reyes de Castilla, en sus empresas tan arriesgados como dichosos.

Al punto comprendió y acogió el franciscano la atrevida y nueva teoría del cosmógrafo. ¡Cuántos planes maduraron juntos acerca del destino que se podría dar a las riquezas de los fabulosos países indios! Recobrar el sepulcro de Cristo; vencer para siempre a Mahoma; dilatar el Evangelio hasta los últimos confines del orbe... Marchena, que había sido confesor de Isabel la Católica, facilitó a Colón letras para Fray Fernando de Talavera, que desempeñaba a la sazón el mismo cargo. Al pronto, Talavera recibió con frialdad al proyectista; no desmayó Marchena; volvió a la carga; interesó al Cardenal Mendoza, y obtuvo por fin Colón la audiencia real. Isabel y Fernando prestaron atento oído a sus teorías; reunióse para examinarlas la famosa asamblea de sabios y teólogos en Salamanca (23), y tuvo lugar la escena que la pintura ha reproducido tantas veces: Colón, puesta la mano sobre la carta geográfica, trató, sin fruto, de comunicar su convencimiento y de vencer las preocupaciones de su siglo. A punto estuvo de naufragar allí la idea y de perderse tan grande conquista para España, porque aquellos varones de rutina, interpretando mezquinamente las Escrituras, combatieron los asertos de Colón con textos bíblicos y autoridades de Padres de la Iglesia: memorable ejemplo del tino que deben emplear los que no poseen una ciencia al calificar sus hipótesis, siquiera por no hacer solidario al cristianismo de sus yerros e ignorancia. Largo tiempo de esperar desesperando; largo aplazamiento de sus deseos costó a Colón el veredicto del Congreso salmantino. Sólo un dominico, Fray Diego de Deza, y el constante franciscano Marchena, le alentaron en los períodos de desconsuelo. ¡Tener fe profunda en su idea; cumplir ya el año cincuenta y cinco de su edad, y verse en la alternativa de legar a los venideros un nombre inmortal, o perecer como visionario insensato! ¡Qué lucha para

un alma bien templada!—exclama con razón Cantú.—Volvióse con los religiosos de la Rábida, entre los cuales consiguió lo que los Reyes y naciones le negaban: atención, oídos que le escuchasen, simpatía tan necesaria a los que acometen empresas nuevas, y eficaces recomendaciones para Isabel. Concedidos ya los subsidios, armadas las carabelas, pocos días antes de que se hiciesen a la mar, tuvo Fray Juan Pérez de Marchena que recorrer el puerto exhortando y animando a los marineros de Palos, que se negaban a embarcarse temerosos de los ilimitados océanos y desconocidas regiones adonde se dirigía el genovés. Bien dice un ilustrado escritor español (24) que en la Rábida halló Colón albergue, alimento, consuelo, acceso a la corte, valimiento en ella, el camino, en fin, del virreinato y de la gloria. Fray Juan Pérez, el adicto amigo, el alma capaz de asociarse a tan magna empresa, tuvo el júbilo de vestir al almirante momentos antes de salir a cruzar el Atlántico, el hábito de terciario, con que debía enterrarse (25); bendijo después la pequeña pero resuelta flota; y—añade el escritor ya citado;—“rompiéronse a poco los juncos del entenal, y el manso viento de tierra que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas en que se había pintado el signo de la redención. Lenta, majestuosamente, cual si el maderamen participara de la impresión de los hombres que sostenía, la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la aurora, pasaron una tras otra ante los espectadores de la orilla la nao *Santa María*, y las carabelas *Pinta* y *Niña*”. ¡Bogad, bajeles, bogad sobre los apacibles mares: vais a completar el globo y a traer a la civilización un nuevo hemisferio!

Nos hemos extendido recordando estos terciarios inmortales en la historia, y apenas queda lugar para la alabanza de otros no menos grandes: Roque de Montpellier, el valeroso adversario de la peste, el pa-

ciente ulcerado y encarcelado; Conrado, Elceario, héroes de la caridad; Ivón, el párroco modelo; la victoriosa hueste de mártires del Japón; el portentoso cura de Ars, y tantos y tantos como se han ido ciñendo la cuerda de Francisco, desde el mercader Luquesio, hasta los Pontífices Pío IX (26) y León XIII, hoy reinante.

## NOTAS

(1) *Impugnationis arma secum fratres non deferant, nisi pro defensione romanæ Ecclesiæ christianæ fide, vel etiam terræ ipsorum aut de suorum licentia ministrorum.* (Regula, cap. II.)

(2) "Los cuales (los terciarios de Florencia) en muchas cosas imitaban las candidas costumbres de la primitiva Iglesia, principalmente en la negación de sus bienes, haciendo de todos una pella, de que sacaban lo necesario para el sustento y decencia civil, y lo demás que sobraba repartían en el socorro de los pobres, principalmente encarcelados y vergonzantes. De las sobras de los bienes unidos y de las limosnas que pudieron adquirir, fundaron un célebre hospital cerca de los muros, para curar los enfermos y albergar pobres ancianos; en cuyas asistencias se empleaba lo más noble y lucido de la ciudad." (Fray Damián Cornejo, *Crónica de la Religión de N. P. San Francisco*.)

(3) Röhrbacher.

(4) *Revista franciscana*, núm. 3, año de 1873.

(5) *¡Oh sine mente caput, vigiliis et inedia multa exhaustum! ¡O nimium, nimirumque oblite tuorum!* (Bolland, p. 600.)

(6) Al devolverlo a su padre, dijo:—"El niño no será religioso de nuestra Orden, pero sí protector; no hijo,

sino padre, bajo cuya sombra vivirán alegres nuestros hermanos: muchas cosas buenas para nosotros contemplo yo en este niño; en estas manecitas se guardan para nosotros muchos beneficios" (Wad., *Annal.*). El padre se asombró del vaticinio, y conservó en su corazón las palabras hasta que las vió realizadas por la exaltación de su hijo al Pontificado, con el nombre de Nicolás III. Ya Cardenal, fué protector de la Orden, y de Papa se volvió para ella amante padre, de tal suerte, que al llamar al Cardenal Juan Gaetani para sucederle en el protectorado, le dijo:—"Dóite lo mejor que tengo, el deseo de mi corazón, las niñas de mis ojos." (Pánfilo de Magliano, *Storia di S. Francesco*.)

(7) *Nunc autem, ut jura nostra potentia enervaret, et a nobis devotionem præciderent, singulorum duas novas fraternitates creaverunt.*

(8) La regla de la Tercera Orden, compuesta por Francisco, fué aprobada de palabra por Honorio III y Gregorio IX, y confirmada con Bula particular por Nicolás IV, primer Papa de la Orden de Menores, que levemente la modificó con arreglo a las circunstancias de su época. La Tercera Orden fué instituída para las personas que viven en el siglo; pero andando el tiempo, tomó tres formas: secular, congregación y regular. Los seculares son los que viven en su casa según la regla. De la segunda forma fueron aquellos devotos de Florencia que pusieron sus bienes en común, y vivieron empleados en obras colectivas de piedad y caridad. León X, en Bula del 20 de Enero de 1521, modificó la primera regla aprobada por Nicolás IV, haciendo otra segunda adecuada a las personas que viven en comunidad con los tres votos sustanciales, y ésta constituye la tercera forma. No obstante, antes de que León X formulase y aprobase la nueva regla para las comunidades religiosas de terciarios, éstas existían ya. En Tolosa se habían establecido dos casas de la Orden Tercera en 1237, costeándolas un tal Bartolomé Bechino; comunidades que, al hacer la profesión, añadían los tres votos. Juan XXIII confirmó esta forma de profesión. De aquel árbol fueron retoños la

Recoletas, los Hermanos de la estrecha Observancia, las Hermanas grises (de donde San Vicente de Paul tomó la idea de sus Hermanas de la Caridad), las Anunciadas, las Estigmatinas, etc.

(9) "Convenciéronse las ciudades más rebeldes de la razón y derecho de Doña Berenguela, y abandonando el partido de Don Alvaro, acudieron a Valladolid. Fué, pues, reconocida y jurada Doña Berenguela como Reina de Castilla; mas ella, con magnánimo desprendimiento y con más abnegación todavía de la que había demostrado al abdicar la regencia y tutela de su hermano Don Enrique, hizo en el acto renuncia de su corona en su hijo Fernando, con admiración y con beneplácito de todos." (Lafuente, *Hist. de Esp.*)

(10) "Al modo que un amante llora la ausencia de su amada, así llora el islamismo desconsolado... Nuestras mezquitas se han transformado en iglesias, y sólo se ven en ellas cruces y campanas... Un golpe horrible, irremediable, hirió de muerte a España; resonó hasta en Arabia, y el monte Ohod y el monte Talán se conmovieron... Preguntad ahora por Valencia. ¿Qué ha sido de Murcia? ¿Qué se hizo Játiva? ¿Dónde hallaremos a Jaén? ¿Dónde está Córdoba, la mansión de los ingenios? ¿Qué ha sido de tantos sabios como brillaron en ella? ¿Dónde está Sevilla con sus delicias?"

(11) Clemente X canonizó a Fernando de Castilla.

(12) César Cantú.

(13) *Biau et douls filz, rien au monde ne m'est plus cher que vous; mais préfère vous perdre de mort que soyez entasché d'un seul peché mortel.*

(14) Joinville, el Senecal, que refiere interesantísimos pormenores del carácter y vida de San Luis.

(15) *Estudios sobre la Historia de la Humanidad: El Feudalismo y la Iglesia.*—F. Laurent.

(16) *Relucebat quidam in eo quasi solare jubar, gratia admirabilis, ex intimo charitatis fervore proveniens, se taliter diffundens in omnes quod no erat que a calore ejus se absconderent vel splendore; aut qui ejus beneficium in aliquo non sentirent.* (D'Achery, *Spicileg.*)

(17) V. Röhrbacher.

(18) "Yo llevaba una cuerda ceñida a la cintura, con la cual a veces pensé sujetar a la fiera de manchada piel". (*Inferno*, c. xvi.) El comento dice de este verso: "Significa que fué Dante fraile menor, pero en su niñez y sin llegar a profesar. La fiera representa la lujuria, de la cual pensó librarse el autor con el voto de la religión franciscana. San Francisco, fundador de los que van ceñidos de *cordón*, solía llamar a su cuerpo *asno*, que se sujetaba con el cabestro; por donde es la cuerda símbolo de domar la naturaleza animal."

(19) Sobre la profesión de Miguel de Cervantes Saavedra en la Orden Tercera, puede verse la discreta narración que publicó la *Revista Franciscana*, año de 1873.

(20) Narr. cit.

(21) Ibid.

(22) Sobre el lugar del nacimiento de Colón se discute mucho, y hay quien le cree natural de Pontevedra. (N. de la 6.ª ed.)

(23) Hay dudas acerca de esta asamblea de Salamanca.

(24) D. Cesáreo Fernández Duro, *Aniversario de la salida de Colón del puerto de Palos en busca de las Indias.*

En estos últimos años, la investigación concienzuda y seria acerca del descubrimiento de América, ha depurado los méritos de Colón y ha rectificado entusiasmos desmedidos; pero el papel de los Franciscanos aparece todavía

con mayor relieve. Véase mi Conferencia sobre *Los franciscanos y Colón*. (N. de la 3.<sup>a</sup> ed.)

(25) Roselly de Lorgues, *Vida de Cristóbal Colón*.

(26) La Orden Tercera cuenta aún hoy con inmenso número de afiliados en Italia, Francia, Bélgica, España, Alemania, Inglaterra, América, el mundo entero. En 1867 se calculaban en Francia más de cien mil terciarios. Pío IX decía en un Breve: *Gratulationes... nomine totius sodalitatis Tertii Ordinis S. Francisci per jucundas habuimus ut pote domesticas. Cum enim minoribus constituti ei familia nomen dederimus.* (16 de Noviembre de 1874.)

## CAPÍTULO II

### LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS

San Francisco pide a Dios la indulgencia.—La obtiene de Honorio III.—El zarzal florido.—Visión gloriosa. Promulgación.—Qué cosa son indulgencias y jubileos. Su importancia social en la Edad Media.—El jubileo magno del siglo xiv.—El de la Porciúncula.—Alegoría de la Penitencia en el Purgatorio de Dante.

.....  
De Pedro las he recibido; y me  
dijo que antes me excediese en  
abrir que en cerrar, con tal que  
la gente se postrase a mis pies.  
.....

(Dante, *Purgat.*, C. IX.)

Una noche, en el monte cercano a la Porciúncula, ardía Francisco de Asís en ansias de la salud de las almas, rogando con eficacia por los pecadores. Apareciósele un celeste mensajero, y le ordenó bajar del monte a su iglesia predilecta, Santa María de los Angeles. Al llegar a ella, entre claridades vivísimas y resplandecientes, vió a Jesucristo, a su Madre y a multitud de beatos espíritus que les asistían. Confuso y atónito, oyó la voz de Jesús, que le decía:—"Pues tantos son tus afanes por la salvación de las almas, pide, Francisco, pide."—Francisco pidió una indul-